

EL MUNDO

Sábado, 16 de octubre de 2004. Año XV. Número: 5.425.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

El desconocido Companys

GABRIEL CARDONA

En el verano de 1936, el general de la Guardia Civil Emilio Mola López había cumplido 83 años. Su hijo mayor, Emilio, se había sublevado en Pamplona y era uno de los jefes del movimiento militar. También en Barcelona se había alzado la guarnición. Pero había sido derrotada y, ante el fracaso, su otro hijo, el capitán Ramón Mola Vidal, se había pegado un tiro. El general estaba solo y en peligro.

En la calle hervía la revolución. Vencidos los regimientos sublevados, las masas habían asaltado los cuarteles y más de 30.000 fusiles estaban en la calle, en manos de quienes llegaron los primeros, mayoritariamente anarquistas, sin faltar militantes de otras tendencias políticas. Y, en el río revuelto de la revolución, también todo tipo de delincuentes se hicieron con un fusil y su dotación de cartuchos.

La sublevación militar había derrumbado los poderes públicos. En un solo día, todo el tejido de la Administración había saltado en añicos y el poder estaba en la calle, en manos de quienes tenían un fusil y comenzaban a requisar automóviles que recorrían la ciudad atiborrados de pintadas, armas, gritos y banderas rojinegras. Las tropas del Ejército habían desaparecido. La Guardia Civil y el Cuerpo de Seguridad y Asalto eran impotentes ante la masa armada; para salvar la vida, los guardias se ataban al cuello el pañuelo de la CNT. El capitán Federico Escofet, Comisario General de Orden Público de la Generalitat, había derrotado con su policía a los militares sublevados, pero debió exiliarse en Francia para salvar la vida.

Sin embargo, el anciano general Mola no murió y pudo abandonar Barcelona. La Generalitat, presidida por Lluís Companys, carecía de tropas y policía para dominar la calle, pero emprendió el salvamento de las posibles víctimas. Emitió miles de pasaportes e hizo partir a más de 10.000 personas de derechas, directamente o a través de consulados extranjeros. Muchas zarparon en barcos alquilados por el Gobierno catalán, otras en especial peligro, fueron conducidas hasta buques de guerra extranjeros. Contra su costumbre, el general Queipo de Llano lo reconoció en una de sus emisiones radiofónicas desde Sevilla.

En la presidencia de la Generalitat, Companys intentó recuperar el poder público naufragado en el bosque de fusiles sin control. No era un hombre con vocación de estadista como Maciá sino un abogado nacido en una familia acomodada de la Cataluña rural, un republicano amigo de Francesc Layret que le llevó a convertirse en defensor de los obreros sindicalistas. A pesar de ser un republicano catalanista liberal hizo grandes amistades entre los moderados de la CNT y fue encarcelado con ellos en la fortaleza menorquina de La Mola.

Fundador de Esquerra Republicana de Catalunya, fue elegido concejal en 1931 y, desde el ayuntamiento barcelonés, proclamó la República. Luego fue gobernador civil, diputado y ministro de la Marina española. Su gran prueba llegó el 5 de octubre de 1934 cuando la crispación empujó hacia el derrumbadero de la violencia.

En Barcelona, los sindicalistas treintistas, el Partido Comunista, el Bloque Obrero y Campesino había formado la Alianza Obrera. A las tres de la madrugada, la Alianza y la Unió Socialista se lanzaron a la huelga. La CNT no les siguió porque la policía de la Generalitat había detenido a varios anarquistas, Durruti entre ellos. Mientras en muchas ciudades estallaba la huelga, en Barcelona era un movimiento disperso. La Generalitat ocupó policialmente el Sindicato de la Madera y los locales de Solidaridad Obrera. Mientras tanto, los radicales de Estat Catalá, presionaban a Companys y Dencás repartía anticuados fusiles Remington de un solo tiro a los jóvenes de su partido y los somatenes.

Al amanecer del 6, la Alianza Obrera pedía la huelga revolucionaria y la República Catalana. Companys se encontraba entre las presiones de la Alianza, los anarquistas y los catalanistas radicales encabezados por Dencás. A las 8 de la noche buscó una salida intermedia y proclamó el «Estado Catalán dentro de la República Federal Española». Era una decisión ilegal, pero no separatista sino federalista. Como había hecho durante toda su vida, buscaba un pacto.

La respuesta del Gobierno fue contundente y, tras pequeñas resistencias, las tropas del general Batet, republicano y catalán, ocuparon la ciudad y detuvieron al Gobierno de la Generalitat. Atrapado por la situación, Companys había jugado la carta que le pareció mejor y había perdido. Fue condenado a 30 años y encarcelado en el penal de Puerto de Santa María.

Hasta que, en 1936, la victoria electoral del Frente Popular lo devolvió a la Presidencia de la Generalitat. En el endurecido ambiente de aquella primavera, intentó gobernar con su política de siempre, sobrepasada por la creciente violencia. Hasta que la sublevación de julio, dejó a la Generalitat sin fuerzas y puso el poder en la calle.

Por primera vez en la Historia, una ciudad era dominada por los anarquistas, que podían borrar de un plumazo el Gobierno catalán. Companys y sus hombres iniciaron una política de pactos y maniobras. Durante un año, apoyándose las diversas fuerzas políticas, debilitaron a los grupos armados e intentaron recuperar el poder público. Era difícil y se prestaba a los ataques de todos, pero dio resultado. Hasta que, en mayo de 1937 estalló la crisis. Parte de los anarquistas y el POUM chocaron con los partidarios de la Generalitat. El resultado fue la derrota de todos. Los radicales perdieron la batalla de la ciudad, pero Negrín retiró a la Generalitat las competencias de orden público. Más tarde, cuando el gobierno de la República se instaló en Barcelona, redujo a casi nada las competencias del Gobierno catalán. En alguna ocasión, hasta se negó a Companys la entrada en el palco oficial del Liceo.

Había sido un hombre enfrentado a situaciones feroces que sobrepasaban su voluntad. Esta puede ser su gran objeción. Ninguna otra. Defendió a los anarquistas cuando eran obreros perseguidos; cuando alcanzaron el poder, pactó y desgastó a la CNT. Fue un demócrata en un mundo que sólo creía en la revolución o el fascismo. Pensó un proyecto político que unos consideraban intolerable y otros insuficiente. Probablemente no fue un gran político, ni un hombre enérgico. Pero, sin duda, fue un hombre bueno que no pudo controlar el infierno que se abrió a sus pies.

Estaba exiliado en Francia, preocupado por su hijo enfermo cuando le detuvieron los alemanes y lo enviaron a España. Lo juzgó un consejo de guerra y, en octubre de 1940 fue fusilado en Montjuich. Antes de la descarga, se descalzó para morir pisando la tierra de Cataluña.

Gabriel Cardona es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Barcelona.